

CAPÍTULO 3

APARTADO 3.1:

INTRODUCCIÓN A LOS MODELOS MACROECONÓMICOS

- **Introducción**
- **El modelo clásico**
- **El modelo keynesiano**
- **Las políticas económicas: origen de discrepancias entre economistas**



3.1. INTRODUCCIÓN A LOS MODELOS MACROECONÓMICOS

En la bibliografía económica, una pregunta tan simple como ¿cuál es la política económica más efectiva? hace aflorar la falta de unanimidad entre los economistas. Como ya se señaló en el capítulo introductorio sobre la macroeconomía en Economía I, dos son las ideas o tradiciones intelectuales enfrentadas en cuanto al modo de entender el funcionamiento de la economía y, por tanto, opuestas en cuanto al tipo de medidas más idóneas para influir en el devenir de los acontecimientos. Recordando, las dos líneas o escuelas de pensamiento aludidas son:

- a) La economía clásica (o neoclásica).
- b) La economía keynesiana.

En este curso nos vamos centrar en estos dos modelos de referencia básica para entender, a través de los equilibrios de la oferta y la demanda agregadas, la naturaleza de los debates macroeconómicos y la efectividad de las recomendaciones de política económica.

Las conclusiones que obtendremos con cada modelo, lógicamente, serán distintas; precisamente porque las hipótesis de partida y el análisis deductivo que hagamos con estas hipótesis serán exclusivos de cada modelo. Aún así, es posible complementar ambas visiones macroeconómicas y, por ello, el modelo keynesiano se suele identificar con el análisis a corto plazo y el modelo clásico con el análisis a largo plazo.

El modelo clásico

El argumento de las ideas clásicas se basa en el principio de que los precios se ajustan de manera natural para conducir a los mercados de bienes y de trabajo al equilibrio. Dicho de otro modo, a través del sistema de precios (incluyendo también al salario como precio del trabajo) la economía se ajusta por sí sola cuando se desvía de su tendencia de crecimiento a largo plazo. Si tiene lugar una perturbación negativa sobre la actividad, que hace aumentar el desempleo a corto plazo, las propias fuerzas del mercado, actuando libremente, devolverán a la economía la senda de la prosperidad. Las recesiones económicas en este contexto sólo serán transitorias y ocasionales.

En microeconomía hemos visto que el sistema de precios (lo que llamamos la ley de la oferta y la demanda o lo que Adam Smith identificó como la mano invisible) es el mecanismo más preciso para coordinar las decisiones económicas, logrando que el nivel de producción así obtenido sea el más eficiente posible. Desde esta perspectiva, los precios, fijados libremente en los mercados, transmiten los incentivos correctos a productores y consumidores, dirigiendo los recursos a sus usos más productivos y sin despilfarros.

Esta idea simple, pero a la vez tan poderosa, sobre los precios es la que sustenta el liberalismo económico de las ideas clásicas. Idea que se traduce en el famoso eslogan “laissez-faire, laissez-passer”. Según esta premisa, para los economistas clásicos la responsabilidad del crecimiento económico debe recaer exclusivamente en el sector

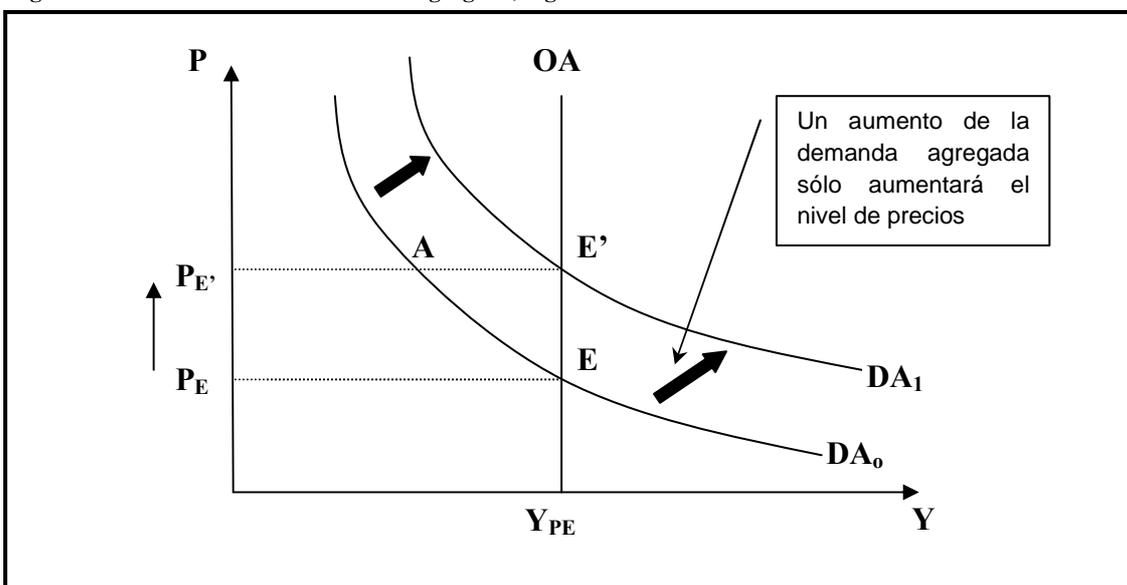
privado, evitando el protagonismo o la injerencia del sector público en las actividades económicas.

En el modelo clásico, los precios y los salarios son totalmente flexibles, es decir, siempre se ajustarán a las variaciones de la oferta y la demanda. Bajo este supuesto, la economía tenderá a un equilibrio de pleno empleo. Por ejemplo, si se produjese un exceso de oferta de algún recurso que lo dejara sin ser empleado, bajaría su precio y aumentaría su demanda, corrigiéndose así el desempleo o excedente existente de forma automática.

No obstante, conseguir la flexibilidad de precios y salarios propugnada por los clásicos tarda algún tiempo en conseguirse ya que el funcionamiento de la economía dista de ser perfecto (piénsese en la oposición de trabajadores a que les rebajen sus remuneraciones). Por esta razón se dice que el enfoque clásico es un análisis a largo plazo donde los precios y los salarios siempre acabarán ajustándose completamente para alcanzar el pleno empleo.

En la Figura 3.1 se representan las principales hipótesis de este modelo. El nivel Y_{PE} sería el nivel de producción potencial o de pleno empleo, es decir, el volumen de producción máximo que se podría alcanzar si se emplease el capital y la mano de obra existentes de acuerdo a la capacidad productiva de la economía.

Figura 3.1: Un aumento de la demanda agregada, según el modelo neoclásico



Según la hipótesis de flexibilidad de los precios, la curva oferta agregada (OA) se representa completamente vertical en el nivel de pleno empleo. Esto quiere decir que, según el modelo clásico, la oferta agregada sólo depende de la cantidad de factores productivos disponibles en la economía, no de los precios.

La demanda agregada es la curva DA , que representa el gasto total que se desea realizar en la economía y depende inversamente del nivel de precios: cuanto menor sea el nivel de precios, mayor es la cantidad de producto demandada.

La conclusión de este modelo es que si se deja actuar a la oferta y la demanda sin ningún obstáculo, la economía siempre tenderá a estar en una situación de equilibrio y éste corresponderá al pleno empleo (intersección de OA y DA). Las intervenciones políticas indiscriminadas de cualquier tipo (fiscales o monetarias) a través de la demanda agregada serían inútiles para hacer crecer a la economía. Estas intervenciones sólo provocarán subidas de precios o inflación a largo plazo. (ver Figura 3.1).

El modelo keynesiano

John Maynard Keynes (1883-1946) no fue consciente de la gran revolución que supusieron muchas de sus ideas expuestas durante los años treinta del siglo XX. Fue tal la trascendencia y aceptación de sus recetas económicas que su desarrollo y fundamentación empírica supuso la configuración de la macroeconomía como la disciplina que actualmente conocemos.

La obsesión de Keynes por el bajo crecimiento de la economía británica durante la primera década de los años veinte del siglo anterior y la necesidad de sacar al Reino Unido de la situación permanente de desempleo le llevó a romper con el carácter dogmático de las ideas clásicas (las únicas existentes hasta su época). Para él las creencias en el largo plazo de la teoría clásica son ingenuas porque tanto los empresarios como los trabajadores se guían por el corto plazo y ello hace prolongar las recesiones. La crisis del 29 fue el entorno perfecto para difundir su modelo económico. En el modelo que lleva su nombre se argumentaba el carácter indispensable de la intervención del Estado para sustituir la apatía y agotamiento de la iniciativa privada en las decisiones de compra e inversión. Sólo la visión de los políticos y funcionarios, actuando con honradez y acierto, conseguiría sacar a la economía de las recesiones.

Para los keynesianos el sistema de precios no funciona siempre de la forma ideal que sugieren los clásicos. Cuando los precios no transmiten rápidamente las señales correctas a los productores y los consumidores, la coordinación entre ambos puede fallar y el mercado puede no alcanzar el equilibrio de pleno empleo tan alabado por los clásicos.

En las economías modernas, algunos precios son muy flexibles, pero otros no. Así, como señalan O'Sullivan, y Sheffrin en su manual de texto (2007), se distinguen dos tipos de precios: los precios subasta y los precios habituales. Los precios subasta son aquellos que se ajustan diariamente a los cambios de la oferta y la demanda (es el caso de los productos frescos como las frutas, las verduras o el pescado). En el otro extremo están los precios habituales cuyas variaciones son muy lentas (entre éstos nos encontramos los precios de muchas materias primas como los de la electricidad, los de bienes intermedios como el acero o los de los bienes de capital como las máquinas herramienta). En la literatura económica, los precios subasta se denominan precios flexibles y los precios habituales son conocidos como precios fijos o rígidos.

Para Keynes hay un precio rígido determinante en el funcionamiento de la economía. Se trata del precio del trabajo o, más conocido como salario. Los trabajadores suelen estar sujetos a convenios colectivos, previamente pactados con los empresarios, en los que se impide reducir sus salarios mientras estén vigentes dichos convenios. Es el caso de la mayoría de los obreros o empleados por cuenta ajena, tanto públicos como privados.

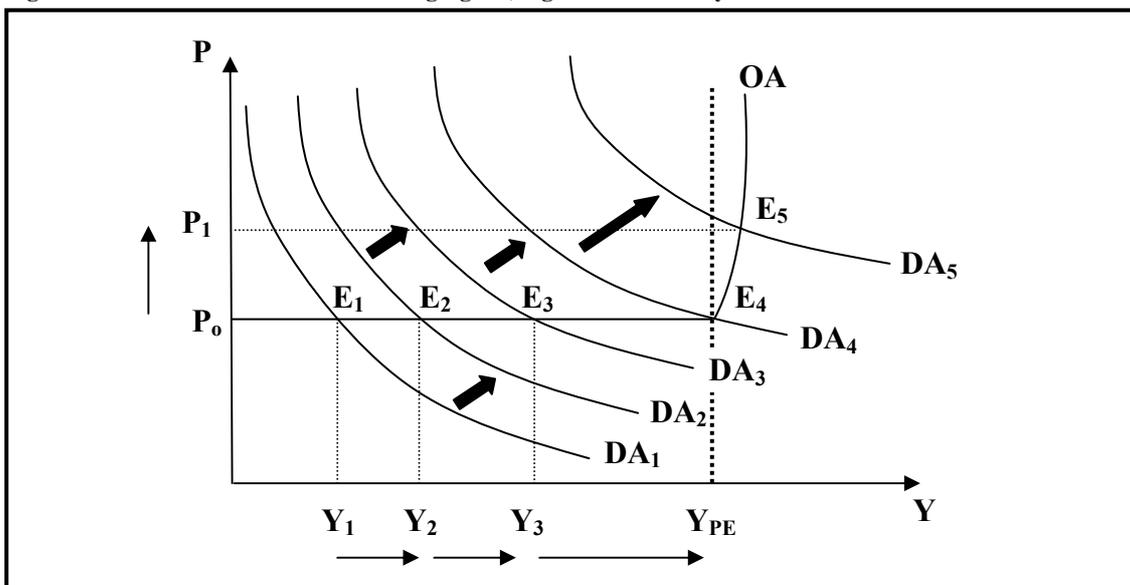
Sólo hay muy pocos trabajadores cuyos salarios varíen rápidamente con la demanda o la oferta de sus cualificaciones. Tal vez la única excepción en este sentido sea la de aquellas personas que posean unas aptitudes especiales altamente valoradas por la sociedad (actores de cine, deportistas de élite o cantantes), pero esta población no deja de ser minoritaria y poco representativa del conjunto de trabajadores de una economía.

En la mayoría de las empresas, el coste productivo más importante es el coste laboral, determinado por la cuantía de los salarios que se han de pagar. Si estos son rígidos a la baja (piénsese en la presión de los sindicatos), los costes totales de las empresas también lo son, lo que impide a las empresas reducir los precios. En consecuencia, la rigidez de los precios, provocada por los salarios, reduce la capacidad de la economía para tender por sí misma al pleno empleo.

Si a corto plazo los precios y los salarios son rígidos o fijos, la demanda agregada es la fuerza que determina la producción a corto plazo y no la oferta agregada, como sugieren los clásicos. Es decir, al existir contratos establecidos entre las empresas y sus proveedores de factores de producción (convenios colectivos, precios fijados para el suministro de materias primas, alquileres,...), a corto plazo las empresas hacen frente a las variaciones de la demanda de sus productos ajustando la producción y modificando muy poco o nada los precios que cobran a sus clientes.

Gráficamente, la curva de demanda agregada se seguiría representando igual que antes, es decir, representando la relación inversa entre producción y el nivel de precios mediante una línea decreciente (DA_1 en la Figura 3.2). Sin embargo, si aceptamos el supuesto de la rigidez de los costes empresariales la curva oferta agregada (OA) ya no puede ilustrarse, como en el modelo clásico, como una recta vertical. Al contrario, la curva de oferta agregada será una recta horizontal (o bastante plana) en el nivel de precios que se esté considerando constante (por ejemplo, en el nivel P_0 de la Figura 3.2).

Figura 3.2: Un aumento de la demanda agregada, según el modelo keynesiano



Por debajo del pleno empleo, los aumentos de DA aumentan la producción sin apenas elevar los precios. Sólo si la economía se encuentra en el pleno empleo, los aumentos de la DA se traducen en inflación.

A largo plazo, según el modelo clásico, hemos visto que los precios era la única variable que se ajusta completamente a los cambios de la demanda agregada. Ahora, en el enfoque keynesiano a corto plazo, las variaciones de la demanda agregada se traducen esencialmente en variaciones de la producción, no de los precios, debido a los contratos establecidos por las empresas con sus proveedores. Esto es lo que refleja la Figura 3.2 con los sucesivos desplazamientos hacia la derecha de la curva DA hasta el nivel de pleno empleo (es decir, hasta la posición que hemos llamado DA₄). Fijarse que el nivel de precios se mantiene en el valor P₀. Por tanto, en el contexto descrito en este modelo, las intervenciones políticas dirigidas a aumentar la demanda agregada serían muy útiles para aumentar la producción y el empleo.

Cuando la economía alcanza el nivel de pleno empleo (Y_{PE}), la conclusión es la misma que la obtenida por el modelo clásico: los aumentos en la demanda agregada sólo provocarían alzas en los precios, pasando, como en la gráfica, de P₀ a P₁.

Las políticas económicas: origen de discrepancias entre economistas

Para el modelo clásico (precios flexibles), la oferta agregada es el determinante de la producción a largo plazo (“toda oferta crea su propia demanda” o ley de Say) mientras que para la teoría keynesiana (precios rígidos), es la demanda agregada el motor del crecimiento a corto plazo. Dada esta diferencia de perspectiva, resulta evidente qué tipo de políticas se defenderán en un caso u otro cuando el objetivo macroeconómico es aumentar el nivel de producción y, con ello, el nivel de empleo:

- ✎ Los economistas de corte clásico aconsejarán aplicar políticas de oferta, consistentes en la aprobación y ejecución de todas aquellas medidas que traten de incidir directamente en las condiciones productivas de la economía (esto es, sobre la oferta agregada). Estas medidas se concretarán en incentivos a los trabajadores y a las empresas (reduciendo, por ejemplo, los impuestos en el ámbito empresarial), y en apoyos económicos dirigidos a incorporar nuevas tecnologías que eleven la eficiencia y la productividad de la economía. El efecto esperado de las actuaciones de política de oferta será un aumento del capital físico, del capital humano y de la tecnología, lo que se traduce en una mayor producción de pleno empleo y, por correspondencia, un alto crecimiento económico a largo plazo.
- ✎ Los economistas keynesianos ofrecerán una receta económica basada en las políticas de demanda, esto es, en la política monetaria y la política fiscal. Se trata aquí de una intervención activa, directa y rápida por parte de los gobiernos en la economía utilizando los instrumentos del presupuesto público (impuestos, gasto público y transferencias) y del mercado de dinero (tipo de interés y condiciones crediticias del sistema bancario) para aumentar la demanda agregada. Keynes justificaba, especialmente, la actuación de las autoridades económicas para acelerar el crecimiento a corto plazo cuando existe un elevado desempleo de los recursos. El mismo Keynes expresó sus dudas sobre las posibilidades de que un país pudiera recuperarse de una gran recesión sin una política de demanda activa.

Keynes es el economista defensor del corto plazo. Según sus propias palabras: “In the long run, we’re all dead” (“*a largo plazo todos estamos muertos*”). Para Keynes lo importante es estimular la actividad económica a corto plazo sin tener en cuenta las consecuencias de las medidas empleadas a largo plazo. Sin embargo, tengamos en cuenta que lo que nosotros estamos viviendo actualmente fue para nuestros abuelos el largo plazo. Si nuestros antepasados sólo hubieran consumido y apenas hubieran ahorrado, nuestro nivel y calidad de vida no sería el que disfrutamos hoy. Este es el argumento utilizado por los economistas clásicos para defender el ahorro y la austeridad en el presente con vistas a un mayor bienestar futuro.

Friedrich Hayek (1899-1992), Premio Nobel en 1974 y contemporáneo a Keynes, fue quien encabezó la ideología clásica durante el siglo XX, junto con Milton Friedman (1912-2006). Hayek, en oposición a Keynes, demostró que el ahorro favorece el crecimiento económico, mientras que los estímulos a corto plazo o keynesianos generan “pan para hoy y hambre para mañana”, dando lugar a fluctuaciones cíclicas de expansión y depresión.

En este debate clásicos-keynesiano, las consecuencias de las medidas políticas propuestas por un modelo u otro no serán las mismas ni en el tiempo ni para el conjunto de los agentes económicos. Habrá unos costes y unos beneficios de índole material y no material que estarán condicionados por la elección final de un modelo concreto. Por esta razón, cuando un gobierno lleva a cabo una política económica es muy importante saber distinguir entre lo que predice el análisis económico (componente positivo) y lo que se defiende con vistas a la aprobación social (componente normativo).